

La burbuja

José Moisés Aguayo Álvarez

Doctor en Educación. Supervisor de Educación Primaria. moyagualv@hotmail.com

Transcurría el año 2007 cuando, luego de la evaluación diagnóstica de un grupo escolar de sexto grado, registraba una meta para el proyecto anual del grupo: “Contemplar al menos un ejercicio al día, en donde se promueva la producción de textos, la manifestación de las ideas, las opiniones, los juicios, adaptando para ello, las actividades a desarrollar e incluyendo las diferentes modalidades de productos de escritura funcional (recados, cartas, mensajes, anuncios, carteles, artículos), y de la imaginativa (cuento, versos, historietas...)”.

Me propuse incidir, pero no sabía la forma de concretar aquello. Busqué inspiración en algunos textos que leía por aquél entonces, entre ellos, el libro *Leer y escribir en la escuela*, de Delia Lerner. Tomé algunas notas y recuerdo muy bien que, mientras conducía un lunes rumbo a la escuela, mi hijo, de entonces seis años que viajaba conmigo todos los días al mismo plantel, me pidió “imprimirle cuadritos en hojas blancas” para un cómic que él mismo dibujaría. Ésta era una actividad continua en la que participábamos ambos, él me contaba una historia que quería dibujar, luego yo le encuadernaba un pequeño legajo de hojas en las que imprimía cuadros de distintos tamaños en hojas tamaño carta que doblaba por la mitad y engrapaba, al modo de una revista. Así, él tenía su espacio para dibujar y luego yo le daba mi opinión sobre la historia. Él portaba en su mochila algunos de los “cómic” que elaborábamos y los mostraba a sus amigos. Volviendo a la escena en el vehículo, pensé en proponer un ejercicio parecido a mi grupo y le pedí un “cómic” a mi hijo, como muestra. De modo que ese día me propuse acordar con los niños, hacer una revista.

Al llegar al salón, hice circular el cómic ya iluminado y lleno de dibujos. Hablamos un poco sobre el contenido de la historia, que no te-

nía letras, sólo dibujos. Luego les conté cómo, mientras fui estudiante de preparatoria, fundé junto a un buen amigo, una revista que se llamó *Tinta y Papel*. Les hablé de algunas secciones y traté de conducirlos al lugar de la imaginación sobre la acción: ¿si tuviéramos una revista qué secciones tendría? ¿Si hiciéramos una revista en el salón, qué te gustaría escribir en ella? ¿Cómo podríamos compartirla con otros lectores?... Esa sesión se convirtió en una asamblea. Para mi sorpresa, hubo una gran sobriedad e interés genuino en el proyecto. Un grupo de sexto grado se convertía en un consejo editorial. En asamblea, se convocó al grupo a traer propuestas para el nombre de la publicación, lo cual ocurrió, siendo ganadora la propuesta de Shulamita, una niña con una excelente habilidad para escribir y, por lo visto, con una gran intuición: La revista se llamaría *La burbuja*.

Al advertir cómo se encarrilaba la cuestión, para concretarse, opté por normalizar una asamblea semanal, para hablar del proyecto y en una de las sesiones les sugerí escribir un oficio a la directora de la escuela, la Mtra. Raquel Pulido y otro a la supervisora, la Mtra. Socorro Arredondo; informándoles la intención del proyecto y solicitándoles su apoyo con hojas y tóner para imprimir cien ejemplares por semana, durante seis semanas. La vocera del Consejo Editorial redactó con mi apoyo, ambos oficios, se aprobaron en asamblea y fueron entregados a sus destinatarias, con la suerte y gracia de ambas maestras, quienes, sensibles al proyecto, decidieron apoyarnos. Lo demás era cuestión de organizarnos. Así, por algunos viernes, el aula pasó de las filas de sillas y mesas, a las estaciones de colaboración: de escritura de las secciones (humor, noticias de la escuela, reportaje, cuento, historieta, saludos, crucigrama, pregunta capciosa y dibujos), promoción, ilustración, editorial, fotocopias, revisión, portada, armado de ejemplares y distribución. Se hacían circular diez ejemplares por grupo, cada ejemplar de unas 12 páginas a media carta. El equipo de promoción debía estar enterado del contenido que se escribía durante las primeras dos horas, para hacer uno o varios carteles de propaganda, para luego salonear invitando a los demás niños a leer la revista. A recomendarles prestarla a otros niños una vez que la hubieran leído y a invitarlos a

participar con un dibujo o un saludo, que revisaría el equipo correspondiente incluyendo a una selección de tres dibujos por número. En esos carteles uno de los equipos escribió un eslogan que decía más o menos algo como: “La burbuja. La revista que también pueden leer los que no saben leer”, con la intención de llevar la publicación hasta el nicho de los niños de primer grado. Si: sonaba como una tomadura de pelo, pero habrá que convenir en que era un gran eslogan y que además tenía mucho sentido.

El clima de aquellos viernes era muy fluido, cálido y emocionante, lo dijeron los niños, algunos me lo confirmaron en la adolescencia, y otros ya siendo profesionistas. *La burbuja* llegó al número siete, se llenó de ilustraciones, saludos, chistes, cuentos, historias de miedo, leyendas, adivinanzas; y aquellos niños, fungiendo roles con gran seriedad y compromiso, fueron grandes maestros de didáctica de la escritura. De la fuente de esa experiencia, abrevé algunas nociones interesantes que posteriormente apliqué con estudiantes de posgrado, en un experimento que gracias a la entonces directora del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales, la Mtra. Susana Luna Sierra, se concretó en lo que llamamos Laboratorio de redacción de textos académicos.

Pude entonces asumir que la posición de Delia Lerner, cuando analiza lo real, lo necesario y lo posible en torno a la inmersión de los estudiantes a la cultura escrita y a la formación de lectores y escritores, no era tan solo una pose académica; sino que, al hablar de lo posible, me hacía un llamado personal que le agradeceré toda la vida. En el trasvase de la lectura y la práctica frente al grupo, pude hilvanar algo más junto a la autora. Descubrí la investigación educativa en su aplicabilidad, en las conexiones con autores y perspectivas; todo de gran utilidad para la dimensión de la praxis, de la práctica y la reflexión en torno a ella.

Del anecdotario resultante de esa experiencia, surgen algunas imágenes, recuerdos de diálogos y, sobre todo, el recuerdo de una calidez y entereza infantiles que aún erizan la piel. Sin pretender citar con infalible apego textual a algunas expresiones de los niños, retomaré las que me vienen ahora al corazón y que sólo ilustran, quizás con un poco

de aroma mítico, quizás un tanto teñidas de sepia, algunos puntos de lo que fue el Consejo Editorial de *La Burbuja*...

A decir de Jorge Armando, un niño de 13 años, que mide casi 1.70, corpulento y acaso el más franco: “La mera verdad tengo la letra más o menos, no tan buena, pero si me ayudan a hacer el cartel yo me echo todos los anuncios en los salones, ya sabe que para eso me pinto solo. A mi déjeme el verbo”...

Para Concepción fue la oportunidad de transcribir algunos textos usando el teclado de la computadora del aula, y luego de hacerlo varias veces, decir: “no está tan difícil como parece”.

Para Lourdes era emocionante saber que sus compañeros podían leer lo que a ella se le ocurriera escribir: “¿Se imagina que todos los niños de la escuela lean mi reportaje? Qué suave”.

Para Sofía, era la oportunidad de ver publicado uno de sus poemas... A Sofía la invité a publicar en *Espiga de papel*, dos años después. En 2012, cinco años después de *La burbuja*, me invitó a la presentación del libro de poemas que editó el CETI Tonalá, que incluía algunos de sus textos.

Para mí, fue una muestra más de que es posible agrandar los escollos de la praxis y darle oxígeno al pensamiento. Fue una experiencia que atesoro junto a las mil de este trayecto vital-profesional-espiritual que se llama magisterio.

Cierro con un pequeño poema, publicado en *La Burbuja*, autoría de uno de los alumnos que lo firmó con seudónimo, por lo que es tácito en los versos...

*Si le dijera a la niña que se sienta al lado/cuánto me gusta su pelo/
yo creo que me daría un beso/ y yo volaría y me convertiría en burbuja/
flotaría en el aire/ por eso me agunto y mejor no le digo...*